

El libro de Daniel - Número ciento cincuenta y nueve

Develando los tres toques angélicos en la visión de Daniel: una revelación profética

Jeff Pippenger
2024-03-26

En el capítulo diez, Daniel es tocado tres veces, y esos tres toques corresponden a las tres veces que Daniel experimenta personalmente la “mareh”, visión. La primera y la última aparición fueron de Gabriel, el mensajero de la Revelación de Jesucristo. Gabriel es quien toma el mensaje de Cristo, que le fue dado por el Padre, y lo entrega al profeta, quien ha de enviarlo a las iglesias.

Mas yo te mostraré lo que está escrito en el libro de la verdad; y no hay nadie que me apoye en estas cosas, sino Miguel, vuestro príncipe. Daniel 10:21.

Gabriel sabe que es un ser creado, y por eso le dijo claramente a Juan que no lo adorara en el libro de Apocalipsis.

Y caí a sus pies para adorarlo. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús: adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía. Apocalipsis 19:10.

Por lo tanto, el estudioso de la profecía debe entender que la razón por la que Gabriel afirma que no hay nadie por encima de él, en relación con lo que «está escrito en la Escritura de la verdad», tiene un propósito profético específico. Cuando señala que solo Cristo entiende las Escrituras mejor que él, identifica a Cristo como «Miguel, vuestro príncipe». Pero Miguel no es solo un príncipe; es el arcángel.

Pero el arcángel Miguel, cuando, conteniendo con el diablo, disputaba acerca del cuerpo de Moisés, no se atrevió a presentar contra él una acusación injuriosa, sino que dijo: El Señor te reprenda. Judas 7.

Por lo tanto, los tres toques son toques angélicos, y las tres veces que Daniel experimenta la visión 'mareh', esta es angélica. La tercera vez que Daniel es tocado es para ser fortalecido, pues previamente, en el segundo toque, perdió sus fuerzas.

Entonces vino de nuevo uno con apariencia de hombre y me tocó, y me fortaleció, y dijo: Oh hombre muy amado, no temas; paz sea contigo; esfuérzate, sí, esfuérzate. Y cuando me habló, cobré fuerzas y dije: Hable mi señor, porque me has fortalecido. Entonces dijo: ¿Sabes por qué he venido a ti? Y ahora volveré para pelear contra el príncipe de Persia; y cuando yo salga, he aquí, vendrá el príncipe de Grecia. Daniel 10:18-20.

Gabriel le recuerda a Daniel que había «venido para hacer» que Daniel «entienda lo que ha de acontecer a tu pueblo en los postreros días», cuando preguntó a Daniel si «sabes por qué he venido

a ti?». En armonía con lo que había enseñado a Daniel acerca de los postreros días, Gabriel declara entonces que «volveré para pelear contra el príncipe de Persia; y al terminar yo, he aquí el príncipe de Grecia vendrá». Entonces comienza la narración profética del capítulo once, que describe lo que acontece a los ciento cuarenta y cuatro mil en los postreros días. Esa narración profética queda situada en el contexto de la batalla con «el príncipe de Persia» y «el príncipe de Grecia».

La historia real entre Ciro el Grande y Alejandro Magno fue de más de doscientos años. Pero en el gran terremoto del capítulo once del Apocalipsis, los movimientos finales son rápidos, y en cuanto el sexto reino es conquistado por el rey impostor del norte, el séptimo reino, los diez reyes, representados por Grecia, acuerdan de inmediato entregar su reino a la bestia.

En un nivel, la visión de «mareh» se emplea siete veces en Daniel capítulo diez. Hemos considerado cuatro de esas siete veces, e identificado que la primera referencia es Daniel señalando que, antes del año tercero de Ciro, Daniel entendía la visión. En las tres referencias siguientes, los tres toques en cada visión identifican la experiencia de Daniel al despertar del luto de los veintiún días. Su despertar de reavivamiento está estructurado sobre el proceso de tres pasos del evangelio eterno, y los tres pasos son representados por ángeles, aunque el paso número dos es Miguel el arcángel, quien es Aquel que levantó a Moisés de la muerte y lo trasladó al cielo.

Las otras tres veces que la palabra «visión» aparece en el capítulo diez, no es «mareh», sino «marah». «Marah» es el femenino de «mareh». Significa una visión y, en sentido causativo, un «espejo» o «vidrio para mirarse». La clave de su definición es que es «causativo». Es la visión de «la apariencia», pero es diferente en su género, identificando así un mensaje profético distinto. Según su definición, el «espejo» implica que quienes ven la visión ven algún tipo de reflejo. Este es el elemento de la palabra que es «causativo». La definición de una palabra causativa en el contexto de «marah» es profunda.

El término "causativo" se relaciona con el concepto de causalidad o con la acción de hacer que algo suceda. En lingüística, específicamente en la morfología verbal, la forma causativa es una construcción gramatical que indica que el sujeto de un verbo hace que otra persona o cosa realice la acción descrita por el verbo. Por ejemplo, en inglés, el verbo "to read" se vuelve causativo cuando decimos "to make someone read". Aquí, el sujeto hace que otra persona realice la acción de leer.

La forma causativa indica que el sujeto es responsable de provocar la acción descrita por el verbo. "Causativa" se refiere a la manera en que se hace que una acción o un acontecimiento ocurra. Las tres veces que Daniel usa la palabra hebrea "marah", la visión contemplada hace que quien la contempla sea transformado en la imagen que contempla.

Y en el día veinticuatro del primer mes, estando yo junto a la orilla del gran río, que es Hiddekel, alcé mis ojos y miré, y he aquí un cierto varón vestido de lino, cuyos lomos estaban ceñidos con oro fino de Uphaz. Su cuerpo era también como el berilo, y su rostro como la apariencia (mareh) del relámpago, y sus ojos como lámparas de fuego, y sus brazos y sus pies semejantes en color al bronce bruñido, y la voz de sus palabras como la voz de una multitud. Y yo, Daniel, solo vi la visión (marah); porque los hombres que estaban conmigo no vieron la visión (marah), sino que cayó sobre ellos un gran temblor, de modo que huyeron para

esconderse. Por tanto, quedé yo solo, y vi esta gran visión (marah), y no quedó fuerza en mí; porque mi hermosura se me convirtió en corrupción, y no retuve fuerza alguna. Con todo, oí la voz de sus palabras; y cuando oí la voz de sus palabras, entonces caí en un profundo sueño sobre mi rostro, con mi rostro hacia la tierra. Daniel 10:4-9.

Al final de los veintiún días de luto, que en los últimos días coinciden con los tres días y medio en que los dos testigos están muertos en la calle, a Daniel se le mostró de repente la apariencia de Cristo, y su apariencia es "como la apariencia (mareh) de un relámpago". Ese acontecimiento, al final de los tres días y medio de Apocalipsis capítulo once, produce una separación, porque a "los hombres que estaban con" Daniel se les hizo "[ver] no la visión (marah); sino que un gran temblor cayó sobre ellos, de modo que huyeron para esconderse. Por tanto" Daniel "quedó solo", pero "los hombres que estaban conmigo [se les hizo ver] no la visión (marah); sino que un gran temblor cayó sobre ellos, de modo que huyeron para esconderse".

La visión que Daniel vio mientras estaba solo fue la visión femenina, causativa, que transformó a Daniel en la imagen de la visión. La transformación se llevó a cabo al serle quitada a Daniel su fuerza humana y al convertirse su hermosura en corrupción.

La misma carne en la que el alma mora y por medio de la cual obra es del Señor. No tenemos derecho a descuidar ninguna parte de la maquinaria viviente. Cada porción del organismo vivo es del Señor. El conocimiento de nuestro propio organismo físico debería enseñarnos que cada miembro ha de servir a Dios, como instrumento de justicia.

Nadie sino Dios puede someter el orgullo del corazón humano. No podemos salvarnos a nosotros mismos. No podemos regenerarnos a nosotros mismos. En los atrios celestiales no se cantará ningún cántico: A mí, que me amé a mí mismo, que me lavé a mí mismo, que me redimí a mí mismo; a mí sean la gloria y el honor, la bendición y la alabanza. Pero esta es la nota dominante del cántico que muchos entonan aquí en este mundo. No saben lo que significa ser mansos y humildes de corazón; y no tienen intención de saberlo, si pueden evitarlo. Todo el evangelio se resume en aprender de Cristo, su mansedumbre y humildad.

"¿Qué es la justificación por la fe? Es la obra de Dios al postrar en el polvo la gloria del hombre y hacer por el hombre lo que no está en su poder hacer por sí mismo." Testimonios para los Ministros, 456.

La experiencia de la justificación por la fe es la obra de Dios al postrar la gloria del hombre en el polvo. La visión ante la cual los hombres que estaban con Daniel fueron obligados a huir era la visión femenina "causativa" de la aparición de Cristo, y inmediatamente después de que la justicia propia de Daniel fue postrada en el polvo, se le aplicaron los tres toques angélicos que finalmente capacitaron a Daniel para llevar el mensaje.

En 1888, el poderoso ángel descendió con el mensaje de la justificación por la fe, tal como lo presentaron los élderes Jones y Waggoner. Ese mismo ángel volvió a descender el 11 de septiembre de 2001, con el mismo mensaje de la justificación por la fe. Eso marcó el comienzo del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil. Al finalizar el sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil, se repite el mensaje del comienzo, porque Jesús siempre ilustra el fin de algo con su

comienzo.

El 11 de agosto de 1840 ese mismo ángel descendió y dio inicio a los tres pasos que se llevaron a cabo de 1840 a 1844. Esos tres pasos comenzaron con el fortalecimiento del primer ángel el 11 de agosto de 1840, la llegada del segundo ángel el 19 de abril de 1844 y la llegada del tercer ángel el 22 de octubre de 1844. Esa historia prefiguró el descenso del primero de tres ángeles el 11 de septiembre de 2001, el cual fue seguido por el segundo ángel en la decepción del 18 de julio de 2020, y concluye con la llegada del tercer ángel en la inminente ley dominical.

Al final de esa historia, cuando Miguel desciende para resucitar a Moisés y a Elías después de los tres días y medio de muerte en las calles, como se representa en el capítulo once de Apocalipsis, y como también lo representan los veintinueve días de duelo de Daniel, Cristo vuelve a descender. Primero presenta la visión de su gloria, la visión que echa por tierra la gloria del hombre y produce una separación. Una vez que Daniel está en el polvo, y después de que Daniel ha sido transformado al contemplar la visión femenina "causativa", es tocado por Gabriel por primera vez y colocado sobre sus pies temblorosos.

Entonces Miguel el arcángel desciende para "resucitar a Moisés" y toca a Daniel por segunda vez, dejándolo sin fuerzas, abrumado ante el hecho de que en realidad estaba hablando con su Señor. Luego viene Gabriel y lo toca por tercera vez, y lo fortalece para la labor de ser el estandarte en la inminente ley dominical. Los tres toques son símbolos de los tres ángeles de Apocalipsis catorce, aunque ocurren en un solo día.

La experiencia del primer ángel incluye la aparición de Cristo como un relámpago, la visión "causativa" que separa, y el primer toque que levanta a Daniel del polvo de su gloria humana. El primer ángel posee los tres pasos incluidos en el primero, pues representa el primer mensaje. No es casualidad que el primer toque esté registrado en los versículos del NUEVE al ONCE.

Aun oí la voz de sus palabras; y cuando oí la voz de sus palabras, caí en un profundo sueño sobre mi rostro, con mi rostro hacia la tierra. Y he aquí, una mano me tocó, e hizo que me pusiera sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos. Y me dijo: Daniel, varón muy amado, entiende las palabras que te hablo y ponte en pie, porque a ti he sido enviado ahora. Y cuando habló conmigo esta palabra, me puse en pie temblando. Daniel 10:9-11.

La experiencia del segundo toque, administrado por el propio Cristo, transforma a Daniel de no poder hablar a poder hablar con su Señor. En el segundo toque, Daniel carece de aliento, de modo que aquí se lo representa en el momento del primer mensaje de Ezequiel en el capítulo treinta y siete.

Y cuando me hubo dicho tales palabras, incliné mi rostro a tierra y enmudecí. Y he aquí, uno con semejanza de los hijos de los hombres tocó mis labios; entonces abrí mi boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: Oh, señor mío, por la visión me sobrevinieron dolores, y no me quedó fuerza. Porque, ¿cómo podrá el siervo de este mi señor hablar con este mi señor? Pues en mí, al instante, no quedó fuerza alguna, ni quedó aliento en mí. Daniel 10:15-17.

En el segundo mensaje de Ezequiel, un mensaje de los cuatro vientos ha de ser insuflado sobre los huesos, para que vivan y se pongan en pie como un ejército poderoso. El poder otorgado a ese ejército está representado por el tercer toque.

Entonces volvió a venir uno con apariencia de hombre y me tocó, y me fortaleció, y dijo: Oh, hombre muy amado, no temas; paz sea contigo; esfuérzate, sí, esfuérzate. Y cuando hablé conmigo, recobré fuerzas y dije: Hable mi señor, porque me has fortalecido. Entonces dijo: ¿Sabes por qué he venido a ti? Ahora volveré para pelear contra el príncipe de Persia; y cuando yo haya salido, he aquí, vendrá el príncipe de Grecia. Pero te mostraré lo que está registrado en el escrito de la verdad; y no hay nadie que esté conmigo en estas cosas, sino Miguel, vuestro príncipe. Y yo mismo, en el primer año de Darío el Medo, estuve para confirmarlo y fortalecerlo. Y ahora te mostraré la verdad: He aquí que aún se levantarán tres reyes en Persia; y el cuarto será mucho más rico que todos ellos; y fortalecido por sus riquezas, incitará a todos contra el reino de Grecia. Daniel 10:18-11:2.

El mensaje que da vida a los dos testigos en Ezequiel capítulo treinta y siete es el mensaje del islam del tercer ay; pero, línea sobre línea, el mensaje que Gabriel identifica en la ilustración de Miguel levantando a Moisés y llevándolo al cielo como estandarte, es el mensaje del presidente final de los Estados Unidos. Es el mensaje del sexto presidente (el cuerno republicano) que fue muerto en 2020, tal como lo había sido el verdadero cuerno protestante. En la narrativa de Daniel, la resurrección a partir de los días de duelo por el verdadero cuerno protestante condujo a la identificación de la resurrección del cuerno republicano.

Siete veces en el capítulo diez de Daniel se emplea la palabra “visión” o “apariencia”. Esas siete referencias se identifican con la misma palabra hebrea, con la excepción de que en tres de esas ocasiones la palabra está en género femenino y en las otras cuatro está en género masculino. Siendo siete el número de la perfección, y siendo la combinación de tres y cuatro que suma siete una característica principal del libro de Apocalipsis, donde las últimas tres de las siete iglesias, y los últimos tres de los siete sellos, y las últimas tres de las siete trompetas se distinguen específicamente de las primeras cuatro.

Los libros de Daniel y Apocalipsis son el mismo libro, y en este sentido Daniel y Juan son el mismo símbolo del último día. La visión de Cristo en el capítulo diez es la visión de Cristo en el capítulo uno de Apocalipsis.

En el capítulo uno del Apocalipsis, Juan oye una voz detrás de él y se vuelve para ver al que estaba hablando.

Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último; y lo que ves, escríbelo en un libro y envíalo a las siete iglesias que están en Asia; a Éfeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardis, a Filadelfia y a Laodicea. Apocalipsis 1:10, 11.

Ya se trate de los tres toques en Daniel capítulo diez, o de la misma visión en el capítulo uno de Apocalipsis, o de los dos mensajes de Ezequiel en el capítulo treinta y siete, o de Isaías siendo tocado con un carbón encendido tomado del altar, la experiencia identifica el otorgamiento de

poder al mensaje final de amonestación, y ese mensaje comienza en la resurrección de los dos testigos en julio de 2023. Daniel, Juan, Ezequiel e Isaías representan todos a un mensajero que oye la “voz” de las “sendas antiguas” detrás de él, la cual pregunta: “¿a quién enviaré?” Cuando ese mensajero responde: “Heme aquí, envíame a mí”, es fortalecido y alza su voz, como uno que clama en el desierto. “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

Continuaremos este estudio en nuestro próximo artículo.

En la ocasión recién descrita, el ángel Gabriel impartió a Daniel toda la instrucción que entonces estaba en condiciones de recibir. Unos pocos años después, sin embargo, el profeta deseó aprender más acerca de asuntos que aún no habían sido plenamente explicados, y nuevamente se dispuso a buscar luz y sabiduría de Dios. 'En aquellos días yo, Daniel, estaba de duelo por tres semanas completas. No comí manjar delicado, ni probé carne ni vino, ni me ungué en absoluto.... Entonces alcé mis ojos, y miré, y he aquí cierto hombre vestido de lino, cuyos lomos estaban ceñidos con oro fino de Uphaz. Su cuerpo era también como el berilo, y su rostro como el aspecto del relámpago, y sus ojos como lámparas de fuego, y sus brazos y sus pies semejantes en color al bronce bruñido, y la voz de sus palabras como la voz de una multitud' (Daniel 10:2-6).

Esta descripción es similar a la que dio Juan cuando Cristo se le reveló en la isla de Patmos. Nada menos que el Hijo de Dios se le apareció a Daniel. Nuestro Señor viene con otro mensajero celestial para enseñar a Daniel lo que sucedería en los postreros días.

Las grandes verdades reveladas por el Redentor del mundo son para quienes buscan la verdad como quien busca tesoros escondidos. Daniel era un hombre anciano. Su vida transcurrió entre los encantos de una corte pagana, su mente abrumada con los asuntos de un gran imperio. Con todo, se aparta de todo ello para afligir su alma delante de Dios y buscar conocimiento de los propósitos del Altísimo. Y en respuesta a sus súplicas, se comunicó luz desde las cortes celestiales para aquellos que habrían de vivir en los postreros días. Con cuánta diligencia, entonces, deberíamos buscar a Dios, para que Él abra nuestro entendimiento a fin de comprender las verdades que nos han sido traídas del cielo.

"Yo, Daniel, solo vi la visión; porque los hombres que estaban conmigo no vieron la visión, sino que cayó sobre ellos gran temor, y huyeron para esconderse.... Y no quedó fuerza en mí: porque mi hermosura se convirtió en mí en corrupción, y no retuve fuerza alguna" (versículos 7, 8). Todos los que están verdaderamente santificados tendrán una experiencia similar. Cuanto más claramente contemplan la grandeza, la gloria y la perfección de Cristo, con mayor viveza verán su propia debilidad e imperfección. No tendrán inclinación a pretender un carácter sin pecado; aquello que en sí mismos les ha parecido recto y hermoso, en contraste con la pureza y la gloria de Cristo, aparecerá solo como indigno y corruptible. Es cuando los hombres están separados de Dios, cuando tienen una visión muy indistinta de Cristo, que dicen: "No tengo pecado; estoy santificado."

Gabriel se apareció entonces al profeta, y así le habló: "Oh Daniel, varón muy amado, entiende las palabras que te digo, y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora." Y cuando me hubo hablado esta palabra, me puse en pie temblando. Entonces me dijo: "No temas, Daniel; porque

desde el primer día que dispusiste tu corazón para entender y para humillarte delante de tu Dios, fueron oídas tus palabras, y yo he venido a causa de tus palabras" (versículos 11, 12).

¡Qué gran honor le muestra la Majestad del cielo a Daniel! Él consuela a su siervo tembloroso y le asegura que su oración ha sido escuchada en el cielo. En respuesta a esa ferviente petición, el ángel Gabriel fue enviado para mover el corazón del rey persa. El monarca había resistido las impresiones del Espíritu de Dios durante las tres semanas en que Daniel ayunaba y oraba, pero el Príncipe del cielo, el Arcángel Miguel, fue enviado para inclinar el corazón del rey obstinado a tomar alguna acción decidida que respondiera a la oración de Daniel.

"Y cuando me hubo dicho tales palabras, puse mi rostro en tierra y enmudecí. Y he aquí, uno semejante a los hijos de los hombres tocó mis labios.... Y dijo: Oh hombre muy amado, no temas; la paz sea contigo; esfuérzate, sí, esfuérzate. Y cuando me habló, cobré fuerzas y dije: Hable mi Señor, porque me has fortalecido' (versículos 15-19). Tan grande fue la gloria divina revelada a Daniel, que no pudo soportar la visión. Entonces el mensajero del cielo veló el resplandor de su presencia y se apareció al profeta como 'uno semejante a los hijos de los hombres' (versículo 16). Por su poder divino fortaleció a este hombre de integridad y de fe, para que oyera el mensaje que le había sido enviado de parte de Dios."

Daniel era un siervo devoto del Altísimo. Su larga vida estuvo colmada de nobles obras de servicio para su Maestro. La pureza de su carácter y su fidelidad inquebrantable solo son equiparables a su humildad de corazón y su contrición ante Dios. Repetimos: La vida de Daniel es una ilustración inspirada de la verdadera santificación. Vida santificada, 49-52.